

En la especificidad bogotana de este proceso global, Zeiderman explora a fondo el caso de enormes “lotes de engorde” que en los años 80 fueron ocupados de hecho y urbanizados “desde abajo” por los invasores, y que ahora son objeto de “reubicación” gracias a los mapas de riesgo elaborados por la municipalidad de Bogotá. Lo interesante en esta operación de corte neoliberal de “tumbar y relocalizar,” encomendada a la Caja de Vivienda Popular, es que su liderazgo se pone en manos de muchos de los activistas que protagonizan aquellas invasiones. A través de la Caja, otrora un instrumento de defensa de los invasores, el gobierno municipal elabora planes para reubicar a las poblaciones afectadas y estas responden positivamente. En esta operación Zeiderman encuentra una forma de “administración del riesgo” que puede ser progresista y a favor de los pobres, al involucrarlos en la renegociación de su relación con el estado. Zeiderman concluye que esta forma de participación puede ser un ejemplo mundial.

El caso de estas áreas de Ciudad Bolívar es elocuente. Sin embargo, parece difícil suponer que la base económica, las relaciones sociales, el clientelismo político rampante de las últimas administraciones municipales o, incluso, la cultura (penetrada recientemente por iglesias protestantes que se inclinan hacia los sectores más conservadores y derechistas de la política colombiana, como quedó evidenciado en la votación por el NO en el reciente plebiscito sobre la paz con las FARC) demuestren que en Bogotá, como un todo, se genere un piso firme y duradero para el “encuentro del estado legitimado y los habitantes pobres de las periferias”. Puede pensarse, sí, que esta relación, políticamente difícil, siempre corre en zigzag.

**Marco Palacios**

*El Colegio de México*

JANE M. RAUSCH: *Territorial Rule in Colombia and the Transformation of the Llanos Orientales*. Gainesville: University Press of Florida, 2013.

Este es el cuarto libro de la historiadora Jane M. Rausch sobre los Llanos Orientales de Colombia, el cual se centra en la historia de la conformación territorial de esta región de la Orinoquia hoy constituida por cuatro departamentos: Meta, Arauca, Casanare y Vichada. Al abarcar el período comprendido entre la colonia y la primera década del siglo XXI, Rausch actualiza sus libros anteriores que cubren hasta 1950. Rausch ha sido pionera en su análisis de los Llanos Orientales como una “antigua” y “permanente” región de frontera, aplicando el concepto de frontera de Turner (1893) quien, al conceptualizar la colonización del Oeste de Estados Unidos, destaca la idea subyacente de “civilizar” regiones bárbaras.

Hacia el siglo XIX, tanto liberales como conservadores proclamaron que los Llanos eran una región de riqueza y recursos no conocidos y visualizaban que en el futuro llegaría a convertirse en el corazón de Colombia (p.5). Esta narrativa sigue dominando hasta hoy la representación de los Llanos Orientales, circulada por el estado central con el correlato de buscar la integración de esta región de frontera al orden nacional. El análisis histórico de Rausch sobre el manejo administrativo de este territorio por parte de los diferentes gobiernos, logra evidenciar no sólo su situación periférica, sino la imposibilidad de los gobiernos centrales para gobernarlo e integrarlo al orden central. Varios factores sobresalen en su análisis:

En primer lugar, el papel cumplido por las comunidades religiosas misioneras como “civilizadoras” de los indígenas “salvajes” que habitan los Llanos (Guahibos, Sálivas, Achaguas y Tunebos) a través de su conversión al cristianismo, pero, sobre todo, como autoridad regional al serles delegada la función administrativa, inicialmente con la firma del Concordato en 1887 y posteriormente en 1902 con la Convención de Misiones cuya validez se prolonga hasta mediados del siglo XX.

En segundo lugar la conformación de la figura de Territorios Nacionales para agrupar estas regiones periféricas del Oriente de Colombia, tanto la Orinoquia como la Amazonia, que se caracterizó por el manejo administrativo centralizado de los mismos. El seguimiento detallado de los cambios administrativos territoriales --la anexión o desanexión de territorio a los departamentos colindantes de la región andina, así como la creación de Comisarías e Intendencias--, permite al lector aprehender los cambios que sufre la región a partir de la Constitución de 1886, a lo largo del siglo XX y hasta la Constitución de 1991 cuando se erigen en departamentos.

En tercer lugar, el papel de los dos partidos políticos hegemónicos, el liberal y conservador, en la conformación de la región. En la primera mitad del siglo XIX, antes de que estallara la Violencia, sobresale el gobierno del liberal López Pumarejo (1934-1938 y 1942-1945) con su “Revolución en Marcha” que buscaba “redescubrir las tierras bajas periféricas de Colombia” (pg.13), mostrando un especial interés en los Llanos Orientales, lo cual sin embargo, y tal como lo demuestra Rausch, no se concretó en un cambio estructural en la relación de esta región de frontera con respecto a los Andes Centrales, como lo atestiguó el que las misiones religiosas siguieran encargadas de la educación sin tener mayor conocimiento pedagógico. Por otra parte, Rausch señala que Arauca y Vichada siguieron funcionando más como fronteras occidentales de Venezuela que orientales de Colombia, lo cual llegaría a ser un tema central hasta el presente, tal como lo atestigua la Ley de Fronteras que se expide en 1995.

El período de La Violencia o de la confrontación bipartidista comprendido entre 1946 y 1962, es el objeto de un capítulo, teniendo en cuenta que el

conflicto tuvo su mayor expresión en los Llanos que además se convirtió en región receptora de población desplazada del centro del país. Rausch rastrea la concentración de La Violencia en los Llanos al papel jugado por los Llaneros durante la independencia y la Guerra de los mil días, así como la ausencia de una gobernanza nacional efectiva. Es en los Llanos donde emerge la resistencia guerrillera entre 1946-1953, tratándose de una insurgencia eminentemente campesina, liderada en parte por el legendario Guadalupe Salcedo oriundo de la región. Rausch muestra con detalle las divisiones entre los comandantes guerrilleros que se identificaban como comunistas y aquellos que lo hacían como liberales, lo cual aporta al entendimiento de la génesis del paso del liberalismo al comunismo dentro de la guerrilla, el consecuente golpe militar del general Rojas Pinilla y la alianza de las élites liberales y conservadoras en el Frente Nacional para defender sus intereses del comunismo.

El proceso de pacificación que lideró el General Rojas Pinilla entre 1953 y 1957 es el objeto de otro capítulo, debido al interés que mostró su programa de gobierno en los Llanos. Rausch resalta la capacidad de dicho proceso para ver a los guerrilleros como víctimas del abandono del gobierno y de la lucha bipartidista antes que, como bandoleros, lo cual llevó a que los insurrectos estuvieran dispuestos a deponer las armas con miras a acogerse a sus políticas de rehabilitación de la población campesina. Con la caída de Rojas Pinilla en 1957, la violencia se reinstaura en los Llanos y continúa con la llegada del Frente Nacional, período que ocupa el cuarto capítulo del libro. Rausch resalta que en aquel período la región de los Llanos seguía siendo considerada el “Futuro de Colombia”.

En quinto lugar, a lo largo de los diferentes períodos históricos abordados por el libro Rausch demuestra cómo, a pesar de las diferentes manifestaciones de la violencia, la región de los Llanos consolidó su papel central como zona ganadera y de despensa agrícola (produciendo arroz, maíz, plátano y algodón) que abastecía a Bogotá y Cundinamarca, y cómo, en el período del Frente Nacional, empieza a producir palma de aceite, la cual se industrializa junto con el arroz, presentando esta región (sobre todo el piedemonte llanero) para el 2000 uno de los más altos crecimientos económicos del país.

Rausch analiza detalladamente la explotación petrolera en su aparición y consolidación hasta el presente, resaltando su incidencia en la conversión de los Llanos en la región con mayor crecimiento de población del país, así como en el aumento de la violencia, al convertirse la industria petrolera en objetivo militar de las guerrillas. La aparición del narcotráfico en la década de los 80, junto con los paramilitares, complica aún más la situación de violencia que había continuado en los Llanos y que se prolonga hasta entrado el siglo XXI,

llegando a declararse en Arauca una zona de orden público al inicio del gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010).

El último capítulo del libro, ofrece una reflexión sobre el concepto de frontera y su naturaleza cambiante en el caso de los Llanos y examina tendencias entre los historiadores del siglo XX en su uso de conceptos de frontera para analizar el papel de los Llanos en la formación de la nación colombiana: en primer lugar, quienes han aplicado variaciones a la definición de frontera, o neo-Turnerianos, en segundo lugar, quienes prefieren hablar de región de frontera, abarcando los llanos de Venezuela, y en tercer lugar, quienes proponen centrarse en la frontera internacional entre Colombia y Venezuela. Rausch concluye señalando que, aunque los Llanos se hayan convertido en los 1990 en “el Presente de Colombia” como resultado de los cambios económicos, políticos y sociales analizados, sigue siendo una frontera periférica al área central andina del país, sujeta a una economía extractiva y dependiente que cumple con la definición de frontera propuesta por Turner.

**María Clemencia Ramírez**

*Instituto Colombiano de Antropología e  
Historia*

**KEVIN COLEMAN: *A Camera in the Garden of Eden: The Self-Forging of a Banana Republic*. Austin: University of Texas Press, 2016.**

Kevin Coleman's *A Camera in the Garden of Eden: The Self-Forging of a Banana Republic* is a welcome addition to the growing body of literature on Central America-US relations that moves away from top-down narratives of hegemony and subordination in favor of a more complex and nuanced picture. Pictures, or rather photographs, are indeed the main primary source of Coleman's insightful book, which examines work, political engagement, and modes of representation of the residents of the banana-growing regions in North Honduras through the juxtaposition of various photographic archives, some of them researched here for the first time.

The book traces the development of the small town of El Progreso, which Coleman compares to Gabriel García Márquez's fictional town of Macondo, from its establishment in the late nineteenth century as an independent agricultural community, its transformation in the early twentieth century into a company town of the United Fruit Company (UFC), up until the general strike of the banana workers in 1954. Following Historian Paul A. Kramer, Coleman defines the banana enclave as a “spatial exception” (11) and sets out to analyze its visual regime, in which various agents vied for the power of representation. Contra